

ble contener ni sujetar aquella verbosidad inagotable. Felicia apenas tomaba aliento, proseguía la charla con su gracejo natural, fácil, ligero y alegre. De los periódicos tomó pretexto para hablar de Don Pedro Ramírez, lector incansable de cuanto papel caía en sus manos; de Don Pedro pasó á las señoras; de las señoras al último vestido que se había hecho con la tela que yo le llevé la semana anterior; y entonces fué á sacarle de su armario y me le presentó de frente, de costado, por detrás, explicándome las perfecciones de la prenda.

De ésta habría pasado á cualquiera otra cosa, con tal de no quedarse callada; pero notó que yo no la oía, y haciendo un gracioso mohín, echó el vestido sobre la cama y fué á tirarme de una oreja, gritándome:

—No seas malcriado; pon atención á lo que digo, ó me callo esta boca habladora y nos quedamos los dos hechos estatuas.

—Es, contesté, que no me dejas hablar, y quiero preguntarte.....

—No, señor; ni te he de dejar, porque luego me sales con tus tonterías de costum-

bre ¿estamos? Alguna vez hemos de tratar de mí. Es una injusticia que no me hagas caso, y me lo has de hacer, aunque sea un ratito, y aunque te pese. Vamos á ver, hombre, mira bien esto.....

Y se fué á tomar otra vez el vestido.

—Aguarda, le interrumpí; voy á hacerte todo el caso que quieras y que siempre he hecho de cuanto á tí se refiere; pero dime antes.....

—No te he de decir nada, si no hablas en juicio; sobre todo, si no me hablas de mí ó de mi vestido, que es igual.

—Mira, Felicia.....

—No, señor, y no, señor!

Y para acentuar más vivamente esta respuesta, dió una patada en el suelo, poniendo cara seria con leve arruga en el entrecejo.

—Pues entonces me marchó, dije yo, levántandome.

El semblante gracioso y expresivo de la niña se puso afligido; detúvome ella por un brazo y con voz suplicante me dijo:

—¡No te vayas!

Sin contestarle, me llegué hasta la mesa, tomé mi sombrero y me encaminé hacia la puerta. Felicia corrió á alcanzarme, me tomó el brazo con ambas manos, y poniendo sobre su cabeza mi hombro, dijo con voz llorosa y llena de aflicción.

—No te enojés conmigo, Juanito; no te enojés ¿No ves que esto lo hago por tí? Bastante trabajo me cuesta hablar tanto, cuando tengo ganas de llorar.....

¡Bien comprendí cuanto quería decirme con aquellas palabras! La estreché sobre mi corazón, y al oír sus sollozos, sentí vivo dolor y tuve miedo de obligarla á darme explicaciones. Pero venció en mí el afán de saber algo de Remedios, por malo que ello fuera; conduje á Felicia al sofá, y sentándome á su lado

—Dímelo todo, le dije con voz grave y severa; no me ocultes nada, porque con callar me mantienes en un estado horrible. Ya no puedo vivir así; necesito saber lo que Remedios dice, para no mantenerme entre esperanzas vagas y dolores tan grandes. Dime de una vez que me aborrece, que me

desprecia, para no esperar ya nada, para que yo sienta algo que no sea lo que siento desde hace tantos días. Ya no puedo, Felicia, ya no puedo más.

Alzó la niña la cabeza, y clavó en los míos sus ojos húmedos, como queriendo leer en mi alma.

—Todo te lo diré, pero con la condición de que no te desesperes. Vamos, hijo, que al fin eres hombre y debes saber sufrir mejor que yo.

—Habla.....

—Toma las cosas como son y no como á tí se te antoje. Lo que te voy á decir es duro, y te lo digo porque ya no me cabe por dentro y hace muchos días que quiero reventar. Pero lleva por delante que Remedios te quiere; que te quiere como nunca, precisamente porque eres un pícaro. Sí señor; no me niegues que eres un pícaro de cuenta.

Habría yo vuelto á disgustarme, si no hubiera notado en la voz temblorosa de Felicia y el parpadeo frecuente, que luchaba en aquel momento con sus lágrimas, para dar-

me valor. Y atendiendo no á sus palabras, sino á lo que detrás de ellas veía yo, le hice una caricia en las mejillas y le dije, dando á mi voz la mayor calma que pude:

—Sé sufrir, hija mía; estoy acostumbrado á eso, y cualquiera cosa que me digas, por mala que sea, calmará la inquietud en que vivo. Vamos, dime, ¿has visto á Remedios?

—La he visto, y no una, sino muchas veces, me contestó!

—¿Cuándo? ¿Qué le dijiste?

—Verás. Como á los ocho días de aquel suceso, fui á verla. Estaba ya buena enteramente, y pensé que podía yo hablarle de tí; pero no encontraba cómo empezar, y nos estábamos calladas un largo rato, para decir luego alguna simpleza. Por fin me ocurrió decirle: «¿Cuándo vas á verme?» Se quedó un momento pensando, y después me contestó: «No sé; ya veremos.»—«¿Que no sabes? dije yo; pues ¿qué no me quieres ya?»—«Mucho, respondió ella; bien lo sabes» y al decir esto me dió un abrazo, me besó en la frente, y sentí que me cayeron sus lágrimas

en la cara. Entonces yo también me puse á llorar, y no pudiendo contenerme, le dije de sopetón: «¡Perdónalo, hijita de mi alma!» Fué esto un barbaridad muy grande; pero, hijo, yo no pude contenerme y no tuve la culpa.

—Y ella.....dije yo, trémulo de impaciencia y ansiedad; ¿y ella qué contestó?

Felicia se enjugó las lágrimas y continuó:

—Nada, ni una palabra. Se levantó violentamente del sofá en que las dos estábamos sentadas, y fingió que sacaba algo de un mueble, pero yo noté que se secó los ojos con disimulo. Después volvió á donde yo estaba, me tomó de la mano, y me dijo: «Ven, quiero enseñarte unos canarios muy preciosos que me compró mi tío.» Y toda la conversación fué desde ese momento, hasta que me despedí, sobre canarios, zenzontles y clarines.

Parecíame ver lo que Felicia me contaba, y aquella acción de Remedios me causó dolor y vergüenza, como si pasara en el mismo instante, delante de mí.

—Otro día, prosiguió la joven, interrumpi-

piendo varias veces su relato porque la embargaba la pena; después de pensarlo mucho, me resolví á ir á buscar á Remedios, hablarle claro y arrancarle una resolución. Si esta era buena, me la comería yo á besos, si era mala, le lloraría yo mucho, contándole tu arrepentimiento y tu pesar, pintándole lo mucho que la quieres, y diciéndole tantas cosas, que sólo no se ablandaría, si no tiene alma. ¡Y que la tiene tan grande y tan linda! Pues que voy, llego, vacilo un poco, al ver su semblante serio y triste; pero al fin le digo—«Vengo resuelta á que me regañes, á que me aborrezcas, á cuanto quieras, con tal de hablar claro, y de que así me hables tú. Estoy muy triste, muy afligida, muy desesperada, porque te quiero á tí tanto que se me figura que te quiero más que á.....» A Juan, iba yo á decir; pero ella me puso la mano en la boca, y me dijo precipitadamente: «¡Cállate! Si me quieres como dices, hazme favor de no hablarme una palabra más de eso.»—«Mira que.....»—«Nada; ni una palabra; me harás daño inútilmente, porque no con-

testaré nada.» Y no pude conseguir ablandarla, porque tuve que callar, cuando la ví tan seria, tan seria, que tuve miedo, y tan triste que me dió lástima. ¡Ay Juanito! ¡Para qué hiciste eso!.....

Yo, apoyando los codos en las rodillas, sostenía mi cabeza sobre las manos, ocultando el rostro á los ojos de Felicia.

—Antier volví, siguió diciendo ésta; después de veinte ó más días de no verla, suponiendo que, pasada la primera impresión, estaría Remedios calmada, y quizá dispuesta á perdonarte. Cuando la ví, me quedé asombrada. Se ha adelgazado, está pálida, tiene, grandes ojeras y está más seria, más triste y más hermosa que nunca. ¡Qué muchacha tan linda, Juan! Pues bien; á poco de llegada, traté de llevar la conversación por el camino de siempre; pero cuantas veces lo quise hacer lo notó ella y me cambió de asunto. Al fin me decidí, desesperada de no llegar á donde yo quería, y le dije. «Ya basta, hijita, de que andemos con mañas, yo queriendo hablarte de lo que tú sabes, y tú huyendo de ese asiento. Ten

compasión de mí, que tanto padezco desde que tú estás enfadada; ten lástima de él, que tanto te quiere; no sigas así, ó creeré que eres mala, que ya no eres tú el ángel de antes, que yo quería con todo el corazón. Por el amor de Dios, Re-nedios, sé buena como has sido siempre.» Mientras yo le hablaba, Juanito, ella se paró, se me figuró que iba á llorar, ya le veía yo las lágrimas en los ojos, cuando arrugó la frente, se puso no sólo seria, sino hasta enojada y me dijo con una voz muy temblorosa: «Ya te he dicho que me hagas favor de no hablarme de eso nunca.» Yo estaba llorando; me levanté, la abracé y le pregunté entre sollozos: «¿Ya no lo quieres?—«Ya no,» me contestó.—«¿Y si es bueno, y te quiere?»—«Ya no,» volvió á decirme—«¿Nunca volverás á quererlo?» le pregunté; y entonces ella, separándose de mí, me contestó—«Nunca, nunca, y nunca!»—Quise hablarle todavía de tí; pero ya no lo permitió; insistí y se enojó conmigo, diciéndome al fin, que se enojaría para siempre si volvía á decirle una palabra *de eso*.

Cuando Felicia terminó, estaba yo sombrío y mudo. Las palabras de consuelo que después me dijo, si hirieron mi oído no llegaron á mi corazón ni quizá á mi entendimiento. Pasó algún rato en que ambos guardamos silencio, durante el cual mi cabeza acabó de llenarse de sombras tétricas; después me puse de pie, y sin dirigirme á Felicia, sino á mí mismo

—Entonces, exclamé ¿para qué vivo yo? ¿Qué me importa á mí todo lo que antes me ha parecido halagüeño, todo lo que he ambicionado?

En el silencio de la noche, ya avanzada, sólo obtuve por respuesta un sollozo de Felicia. Volvíme hacia ella, me incliné sobre el sofá, y pasé mi mano sobre los cabellos de la joven. Ella se levantó, llenos los ojos de lágrimas, me echó al cuello los brazos y con dulzura de madre me dijo:

—No pienses así, Juan. Te juro que te quiere; te lo juro. Pero si no se ablanda nunca, acuérdate de que yo soy tu hermana, tu hermanita que te quiere con todo su corazón.

¡Ah, sí! ¡Tenía yo para qué vivir!

V.

Una historieta.

Los días siguientes á la escena que acabo de referir, Claveque hizo del periódico lo que le dió la gana; pues yo, no sólo no escribí, pero ni siquiera leí los números que se publicaron. Claveque no se quejaba de mi apatía, y aun creo que se acomodaba perfectamente con ella; porque recuerdo que anduvo entonces de mejor humor que nunca; y Carrasco me dijo después, elogiando la conducta de mi compañero, que éste lamentaba el estado en que me veía, y estuvo dispuesto á escribir él solo el periódico, mientras yo no le ayudara espontáneamente.

Pero Sabás, que se afligía de verme en

tal estado de abatimiento y preocupación, y que tenía por perdidos para las letras nacionales los días de abstención y retiro del Aquiles de la prensa; buscaba, excitando mis conocidas aficiones, la manera de volverme al camino de la razón, que era, en su concepto, ponerme otra vez en el de la gloria y la inmortalidad. Ya me leía un artículo de *El Lábaro del Siglo*, que buscando empleo á la adulación combatía el editorial de *El Censor*; ya declamaba docena y media de malas estrofas de peor poeta, acompañadas de peor gacetilla laudatoria, y me invitaba á que las hiciera trizas en una columna del periódico; ya, para irritar mi vanidad, ponía delante de mis ojos un párrafo de gacetilla, de este ú otro diario, en que censuraba el gacetillero el agrio tono de mis críticas literarias.

Sudaba en vano el pobre Sabás; pues apenas ponía yo atención en las lecturas, no obstante que él empleaba en ellas todas las entonaciones, desde la cómica hasta la trágica. Pero día llegó en que tuve que escucharle atentamente; porque comenzó por

alarmarme, cuando presentándose el último número de *El Censor*, me dijo:

—Dígame Ud., Juan, ¿Claveque maneja bien las armas?

—Creo que no, respondí.

—¿En qué piensa, pues, para escribir esto?

—¿Qué cosa?

—Su última historieta. ¿La conoce Ud?

—No. Hace días que no leo nada, le dije.

—Pues va Ud. á oirla; pero no se divague; óigala Ud. con atención, porque esto es grave. Se trata de personas de importancia.

Y Sabás, realmente asustado, sentóse frente á mí; cerca del balcón de mi cuarto y leyó.

En un país próximo al polo sur, gobernado por el rey Kremkrém III, brillaba por su gran talento y por su audacia un noble que se distinguía por la condición de ser tan bueno para un barrido como para un fregado: Buesuntol (que tal era su nombre), lo hacía todo, menos ir á la guerra que era precisamente su deber principal, como no-

ble; porque en aquel país los nobles servían para algo. Estaba quebrado de bolsa; pero no de entendimiento ni de lengua, y se dedicaba á la explotación de ciertos elementos de riqueza que no todos conocían, ni conocidos podían los demás beneficiar en su provecho.

«Y va de historia,» decía el cuento de Claveque.

Asomó por la gran ciudad de Krunkrana un bárbaro de los desiertos polares, que había obtenido victorias contra otros más bárbaros que él, y que había recogido como botín de guerra gran cantidad de pieles, que en el desierto se tenían por grandísima hacienda; pero que en la gran ciudad de Krunkrana no constituían una mediana fortuna. Pero Buesuntol vió que el valor de las pieles, era algo para pasarse un semestre cómodo, y dijo: «Esto es mío.»

El salvaje Testón, deslumbrado por el lujo y magnificencia de la gran capital, ansioso de goces que jamás había conocido, y queriendo en Krunkrana brillar y distinguirse como entre los bárbaros de sus de-

siertos, era uno de aquellos filones, que el noble Buesuntol explotaba con rara habilidad.

Testón aceptó la amistad de Buesuntol como honra que apenas merecía, después de sus victorias y á pesar de sus pieles; túvole por guía en el laberinto del gran mundo, y sin contar su hacienda cada ocho días, como tenía por costumbre en el desierto, tuvo carretelas y caballos de alto precio, porque Buesuntol se lo aconsejó; tuvo palco en los teatros porque su amigo le advirtió que eso era indispensable; gastó un dineral en amueblar su casa y la del noble, porque éste supo inclinarle á ello, y botaba diariamente el valor de quinientas pieles en banquetes á los grandes del reino, porque Buesuntol había despertado en su alma la ambición de poseer un título de nobleza. El cual, en efecto, llegó á alcanzar; pero cuando no le quedaba ya más que una mitad escasa de su fortuna, tirada la otra, en parte para conquistar el título y en parte por satisfacer los antojos de su maestro.

Todo lo de Testón era de su inseparable

compañero. De éste eran los carruajes, los palcos, los muebles de la gran casa, el bolsillo del bárbaro y hasta su reloj; pero Buesuntol veía con pena, que todavía quedaba en los desiertos polares la mitad de las pieles.

Entonces tuvo una idea nueva y brillante, como suya: hizo comprender á Testón que el hombre no debe estar solo; que el matrimonio tiene goces dulcísimos; que debía casarse, y no así como quiera, sino dando á la vez un gran paso en la ascensión que había emprendido á la cumbre de la grandeza. Propúsole que se casará con la princesa Kromalisa, señora linajuda, hermosa y acaudalada, que así podría aceptar al bárbaro Testón como ir á la horca; y apenas propuesta, túvola Testón por suya, como si se tratará de la más vil habitante del desierto; puesto que sabía por experiencia que nada era imposible, ni siquiera difícil para Buesuntol; á cuyo poder había de agregarse el de las numerosas prendas del mismo Testón, que tenía ya, gracias á su amigo, la más alta idea de su persona.

Buesuntol se encargó de llevar á feliz tér-

mino aquella magna empresa; y facultado ampliamente para cuanto fuera menester, decretó más carruajes, más palcos, más banquetes, más diamantes en los dedos y en la camisa, principalmente para él. Ordenó que se aumentara la servidumbre, que se compraran más y mejores caballos, que se derrochara la hacienda y se echara la casa por la ventana, encargándose él de ejecutarlo todo; es decir, haciéndose administrador de los productos de las últimas pieles, vendidas al rey más poderoso de los desiertos polares.

Testón veía á la princesa todas las noches en los teatros ó en los grandes bailes de la corte; pero desde lejos; porque Buésuntol no le permitía acercarse á ella, esperando como esperaba el momento oportuno para lanzar á Testón sobre la presa. El preparaba, preparaba, y cada día daba al bárbaro una esperanza más, una noticia halagadora, ó una lección de galantería á cambio de un brillante ó de cualquiera otra cosa así.

La historieta de Claveque se titulaba: *Las Pielas de Testón* y concluía con estas líneas:

«Al cerrar la primera parte de esta ve-

ridica narración, Testón no tiene más piel que la suya. Espere el lector paciente el desenlace en uno de nuestros números próximos.»

Cuando Sabás concluyó la lectura, trémulo y asustado, yo no acababa de comprender el significado de la historia; pero presentía yo que Carrasco tenía razón para decir que aquello era grave.

—¡Qué le parece á Ud.! exclamó el antiguo escribiente.

—Se trata de...

—De Bueso, Juanito; del Sr. Bueso, dijo escandalizado.

—Y ese Testón...

—Testón, repitió Carrasco tocándose la cabeza con modo expresivo. Es decir; el Sr. General Cabezudo.

—¡D. Mateol exclamé yo.

—D. Mateo; sí, señor.

Una alegría extraña se apoderó de mí súbitamente. Aquel artículo me hacía cosquillas; tomé el periódico de las manos de Carrasco, y leyendo una línea de aquí y otra de allá, me reía yo á carcajadas, nerviosa-

mente, sin poder contener aquella risa, que me hacía daño, y que semejaba las carcajadas de un loco.

¿Pero de dónde sacaba Sabás tal interpretación? Se la había explicado Pepe, diciéndole que podía tener consecuencias graves, y que era preciso advertirme el peligro en que me ponía con tener á Claveque de compañero sin las precauciones convenientes.

—Pero Don Mateo, dije yo sin hacer caso de los juicios ni consejos de Pepe, trata de casarse?

—Pepe dice que sí, con una señorona de la alta sociedad, hermosa y rica.

—¿Y está quebrado? ¿Es cierto que está en la calle? ¿No tiene ya nada? pregunté con agitación.

—Dice Pepe que esto es exagerado; pero que se calcula que ha despilfarrado la mayor parte de sus bienes.

—¡Me alegro! grité con fuerza.

—¿Se alegra Ud.? preguntó espantado Sabás. ¿Pero por qué?

No sabiendo qué contestarle, iba yo á ver-

me comprometido, cuando llamaron á la puerta.

—Adentro, dije.

Y con asombro mío, ví aparecer en mi cuarto á Bueso, con la cara imperturbable, serio, tranquilo, como siempre.

VI.

Corretaje.

ENTRÓ Bueso en el cuarto, que era á la vez sala y redacción, y paseó su mirada fría por cuanto eran paredes y muebles, con la impertinente curiosidad que le era propia; detúvose un instante frente á mi mesa revuelta y empolvada, miró la de Claveque de reojo, y silbando una aria entre dientes, se acercó á mí, me apretó la mano, y sin hacer caso de Sabás, que estaba ya de pie.

—¡Carambal dijo ¡qué desmantelado está esto!

No tuve que contestar á esta salida, y me quedé mirando á aquel hombre singular, que me inspiraba profunda antipatía. El, sin quitarse el sombrero, que parecía atornillado

en su cabeza, quedóse de pie delante de mí, revisando de nuevo las paredes, y acariciándose la barba con la mano izquierda, sin duda para poner delante de nuestros ojos los tres gruesos brillantes que llevaba en los dedos meñique y anular.

—Desmantelado, desmantelado, repitió pausadamente. En fin, supongo que esto es provisional.

—Sí, señor, dijo Carrasco; es provisional.

Bueso miró á Carrasco atentamente, y después tomó una silla, se sentó, cruzando una pierna sobre la otra, y volvió á silbar su aria dirigiendo la vista á la casa de enfrente, al través de los vidrios.

—¿Y el amigo Braulio? preguntó al cabo de un rato.

—No está, respondí secamente.

—No está, repitió él. Bueno.

Volvió á acariciarse la barba, guardó silencio, y después de un minuto dijo:

—Hombre, en el último número de *El Censor*, salió una historieta, que supongo escrita por el amigo Braulio. Yo quería hablar con él, pero es lo mismo entenderse

con Ud. ¿Por qué se meten con el General, hombre? ¡Déjenlo en paz! El General es un buen amigo; y yo no sé por qué Ud. le tiene mala voluntad.

—Yo no tengo que ver con eso, contesté; es cosa de Claveque.

—Eso dice Ud., replicó fría y lentamente; pero yo ví lo que pasó entre Udes. y él en casa de Pablito Albar.

—A pesar de lo que Ud. vió, insistí, le repito que este es nogocio de Claveque, en el cual no tengo que ver.

—Bueno, pues de todos modos, dijo Bueso; en ese artículo se anuncia la segunda parte de la historia; y mi empeño es que no se diga más sobre el asunto. ¿Qué sacan Udes. con publicar la segunda parte? Nada. Ahora, ya comprendo que el objeto que se proponen es que lleguemos á un arreglo, y á eso he venido. Ud., sabrá, de seguro, cuanto quiere el amigo Braulio por no publicar el segundo artículo.

—¡Que cuánto quiere!.....exclamé yo levantándome del asiento.

—Sí, dijo Bueso imperturbable, con tal

que no se ponga muy alto, nos arreglaremos en pocas palabras.

La cólera me cegó y estuve á punto de contestar á Bueso con un bofetón; pero tan quieto permaneció él, y tanta tranquilidad había en su voz y maneras, que me contuve, como ante un hombre inerme ó inocente.

—¿Qué ha pensado Ud. que soy yo, ó qué Claveque, ó el periódico que dirijo?, grité lleno de ira. ¿Piensa Ud. que somos nosotros de los miserables que comercian de ese modo? Miserable es el que tal cosa supone de los escritores honrados, porque juzga á todos capaces de infamias que tan naturales encuentra! Miserable es.....

No sé cuánto más le dije; pero fué mucho, aunque en verdad poco para la injuria, que yo había sentido llegar á lo más vivo de mi alma. Y mi discurso fué largo, desbordado, impetuoso; como que de nada servían ni las exhortaciones de Sabás, ni las protestas de Bueso, quien á pesar de todo, me las hacía sentado, sin alzar la voz ni mover un dedo.

Quando hube dicho todo lo que me vino á la boca, ya para ofender á Bueso, ya para las-

timar á Don Mateo, á quien juré perseguir en *El Censor* constantemente; cuando mi cólera estuvo, si no satisfecha, un tanto desahogada, concluí señalando la puerta á Bueso, y mandándole salir de la redacción.

Pero Bueso no se movió de su silla, sacó un puro, y mientras con toda tranquilidad le arrancaba la perilla con los dientes y encendía un fósforo

—Calma, hombre, calma, me dijo. No es para tanto. Este es asunto de Braulio, no de usted. ¿Y qué tiene de particular? Yo lo hago por el General, que es un buen amigo. Si usted le tratara vería que es un buen sujeto, á quien no hay por qué perjudicar.

—¡Basta yal exclamé yo; no quiero oír más impertinencias.

—Pues vea Ud., dijo Bueso levantándose de su asiento; el General no sabe todavía nada de este asunto, y yo he recogido de su mesa el periódico para que no lo vea. Me propuse arreglar esto de un modo pacífico, pero...

—¿Pero qué?

Carrasco se puso detrás de mí, temiendo

no saltara yo sobre el visitante. Bueso frunció el ceño, se pasó la mano por la barba, y fingió voz irritada y severa á costa de grande esfuerzo.

—Si esto no se termina de un modo, se terminará de otro; pero la segunda parte no se publicará.

—¡Cree usted asustarme! dije violentamente. Pues ahora le digo á usted que el asunto no es de Claveque, sino mío. Yo acepto la responsabilidad de ese artículo, é invito á usted, á Don Mateo, y á todos los que se le están comiendo, á que impidan la publicación de los demás. Yo soy el responsable ¿entiende usted? Yo y nadie más.

Estas últimas palabras oyó Claveque al entrar. La ira más violenta se pintaba en su semblante enrojecido; lanzaban fuego sus ojos, escondidos debajo de las prominentes y abundantes cejas; tenía contraídos los labios, y parecía que sus crispados dedos se apercebían para acogotar á Bueso.

—¡Eso no! gritó al entrar. El artículo es mío, y no consentiré que el Sr. Quiñones asuma generosamente la responsabilidad que

á mí me toca. Caballero: sírvase usted entenderse conmigo para todo lo que se refiera á este asunto, si trata usted de llevarlo al terreno del honor; y sepa usted que en el próximo número se publicará la segunda parte de la historia, pese á quien pesare.

Sabás me contenía por un brazo, y miraba con asombro á Claveque, que en actitud provocativa se había colocado frente á Bueso, casi dándonos la espalda. Bueso, mientras tanto, dejando la ficción con que quiso probar fortuna, había recobrado su imperturbable seriedad, y, acariciándose la barba, miraba de hito en hito á Claveque, y recogía los labios como para silbar entre dientes.

—Bueno, dijo después de una pausa, con la frialdad del corredor que trata con un comerciante; bueno; pues me entenderé con Ud. para todo.

—Sí, señor; contestó Claveque con seca energía. Entiéndase Ud. conmigo, solo conmigo.

—Perfectamente, dijo Bueso.

Y sin despedida, como había entrado sin saludo, se dirigió lentamente á la puerta,

mirando de nuevo las paredes del cuarto. Ya cerca del dintel, introdujo el extremo del bastoncillo debajo del papel que cubría la pared, en un punto desgarrado, rasgó un poco más, y sin volver la cara dijo:

—Vean al propietario que mande poner papel nuevo. Esto está atroz.

Y salió tranquilamente.

—¡Vaya un insolente! prorrumpió Braulio cuando desapareció Bueso. Iba yo á entrar cuando lo oí, y me detuve; porque quería yo dejarlo hablar. Ya sabía que en entrando se callaría la boca, porque sabe que lo conozco. ¡Oh! pero ya ví que no hacía yo falta; pues usted reúne á su gran talento, á su vasta instrucción, el valor de que tanto necesitamos los escritores para no estar á merced de estos espadachines estúpidos. Le agradezco á usted la generosidad con que tomaba mi puesto, para mantener mi honor; pero á mí me toca salir por él. Mañana ó ahora mismo tendremos á los padrinos por acá...

—¡Los padrinos! exclamó Sabás espantado.

—Sí, dijo Claveque con indiferencia; no los de Bueso, que es incapaz de batirse; los del General Cabezudo.

—¡El General! gritó Carrasco más asustado aún. El general tira muy bien, señor Claveque...

—¡Ps! hizo éste con modo burlón. Al blanco, Sabás, al blanco; pero el blanco no tiene pistola. Advierta usted que él no se ha batido nunca y yo llevo tres duelos.

Sabás abrió los ojos cuanto pudo, mientras Claveque, haciendo alarde de tranquilidad, se sentaba frente á su mesa para escribir una revista.

VII.

Debilidad.

PASARON algunos días, y con ellos los temores de Sabás, quien no pudo tranquilizarse á pesar de la seguridad con que Claveque le repetía que no era lo mismo tirar al blanco que á un hombre armado. Ni Bueso ni Don Mateo dieron señales de vida, y todo quedó como si nada hubiera sucedido.

La escena de la redacción y la historieta de las pieles, sólo habían causado efecto en mi ánimo, pues despertaron de nuevo mis aficiones ó mejor dicho, encendieron mi fiebre de periodismo carnívoro, que me ponía fuera de razón, mayormente cuando sentía, como entonces, la necesidad de embriagar-

me con los triunfos, ó de distraerme dañando á los demás.

Medité detenidamente una campaña contra Cabezudo, que daba á la sazón buen blanco para mis tiros; pero no sé si vaga esperanza ó inconsciente respeto, que no podía yo desechar cuando pensaba en Remedios, me contenían para poner en ejecución mis perversos propósitos. Pero no era posible, no, que aquel hombre, autor de mis desventuras, gozara tranquilamente de elevada é inmerecida posición, mientras yo padecía tantas penas. Y por muy cierto que fuera lo asegurado por Claveque, de que llevaría bien pronto la ruina por castigo, sentía yo la necesidad de herirle sin piedad, de herirle profundamente, y poderle decir: «Soy yo quien te daña; soy yo el que has despreciado, el que has tenido por indigno de tu aprecio y de tu trato, quien subiendo á mayor altura, te escupe y te abofetea.»

Y en efecto, en un artículo contra los diputados, caricaturé á Don Mateo, sin nombrarle; pero de tal manera que todos le conocían. El artículo recibió elogios por una

parte, censuras reposadas por la de los periódicos ministeriales, y el periódico se vendió con tanta rapidez como cuando publicó *Las pieles de Testón*. Poco después escribí otro en que Don Mateo no andaba mejor tratado; luego un tercero en que los ataques al General de División eran más vivos y francos; y mezclándose con éstos, ya uno contra el ministro tal, ya contra el periódico cual, ora para burlarme de un poeta, ora para exponer á la vergüenza pública las debilidades de un aspirante á empleos.

Quince días bastaron para que entre Claveque y yo diéramos extraordinaria celebridad á *El Censor*; hasta el punto de verse obligado Don Pablo Albar y Gómez á hacernos una visita, en la cual, después de colmarnos de elogios, nos recomendó la perseverancia, ofreciéndonos para lo porvenir, grandezas ni siquiera soñadas. Recuerdo que al despedirse, me llevó aparte y me dijo en voz baja:

—Si le mando á Ud. alguna recomendación para que no ataque á alguna persona,

no haga Ud. caso y siga con libertad; porque esas cosas se hacen de compromiso.

Tan famoso era ya *El Censor*, como meses atrás lo había sido *El Cuarto Poder*. *El Lábaro* había cortado sus relaciones con nosotros y ni siquiera nombraba á *El Censor*, queriendo dar por desprecio lo que era miedo en realidad; como que Claveque contó entre sus historietas la de Escorroza, cuando combatía contra sí mismo y se desafiaba solo, y alguna de faldas relativa al redactor en jefe, que pudo concluir por medio de las armas; pero por no sé qué casualidades que Claveque me contó, se quedó como la de las pieles.

Claveque era un hombre singular, á quien había yo cobrado grande afecto. Con mucha frecuencia me invitaba á comer, y en cada comida gastaba como rico. Tenía siempre amoríos de lo más caro, (de entre bastidores), que me contaba con minuciosidad, asegurándome que eran obra solamente de los artículos que escribía sobre espectáculos. Vestía mejor que yo; tenía algún lujo en su cuarto, y gastaba en cualquier cosa el doble

de lo bastante. ¿Y todo esto salía de los treinta pesos que le pagaba Albar cada mes? No, imposible. Díjome que, amén de tener un tío en la frontera del norte, que le mandaba de vez en cuando letras por valor de quinientos á ochocientos pesos; solía jugar con admirable fortuna, no en garitos, sino en reuniones á que asistían el General X, el diputado este y el banquero aquel.

Todo se lo creía yo. Tenía talento, no conocía el miedo, amaba el combate, me ayudaba perfectamente, había contribuido á dar al periódico renombre, respetabilidad y circulación. Lo demás me importaba poco.

Aquella fiebre, que me hacía olvidar la *moneda falsa* de Pepe, y hasta la segunda parte de la historieta de mi compañero de redacción, no era, sin embargo, bastante para borrar de mi memoria á Remedios. Á toda hora me parecía verla tal como Felicia me la había pintado: pálida, con grandes y oscuras ojeras, triste; pero con las pupilas llenas de fuego al pronunciar con energía las palabras "*nunca, nunca, y nunca!*"

Procurando huir de aquella visión que me

hacía daño, buscaba yo objeto á mi imaginación en los combates rudos de la prensa, y hasta sentía yo cierto placer cuando caía en mis manos un periódico que, contestándome con un atrevimiento que pocos gastaban, se proponía burlarse de mí ó lastimarme ásperamente. Como todos los espíritus débiles para el infortunio, sentía yo inclinación al vicio; sed de placeres intensos, cualesquiera que fuesen; afán de aturdirme en medio de sensaciones de cualquier género, con tal que fueran de esas que embotan el pensamiento. Vez hubo que trajera á mi imaginación la cara irritada de Jacinta con la nariz dilatada, la boca contraída, arrugado el ceño y los ojos encendidos, y al verla tuviera un fugitivo deseo de estrecharla en mis brazos ahogándola, y decirle: «¡A tí es á quien yo quiero!»

Después de un día empleado en escribir artículos terribles contra el que primero me daba materia, y en pensar en lo imposible de volver á ocupar en el corazón de Remedios el lugar que antes tuve, corría yo á casa de Felicia, refugio único de mi corazón

y de mi cansado espíritu, para oírla hablar sin escuchar sus palabras; pero su voz de dulce acento y suaves inflexiones, era para mí como la música lejana: alegre para mis alegrías, triste, muy triste para mis tristezas.

Hablaba la joven sin parar, ya sentada junto á mí, ya yendo y viniendo por el cuarto para enseñarme cualquier cosa que Don Pedro le había regalado, y me daba sobre ella largas explicaciones. Me pedía un libro para aprender algo, reprochándome que nunca hubiera yo tomado interés en que se ilustrara un poco, me reñía por cualquier simpleza, y después de hacer mil monerías, se sentaba junto á mí, fingía grandísimo enojo porque yo no le hacía caso, y me obligaba á contentarla con palabras de cariño, concluyendo ella por echarse á reír.

No hablaba yo casi nunca de Remedios; pero á veces, con la timidez de quien se niega á la esperanza, y obedece sólo á una necesidad irresistible, preguntaba yo por ella, pero sin pronunciar su nombre. Nada; no había nada de nuevo; pero Felicia procura-